

CRÓNICAS HECHICERAS

PRIMER MAGO

Ciclo Origen - Libro I



LORENA A. FALCÓN

Contents

[Sagas](#)
[Libros de la autora](#)
[Portada](#)
[Copyright](#)
[Capítulo I](#)
[Capítulo II](#)
[Capítulo III](#)
[Capítulo IV](#)
[Capítulo V](#)
[Capítulo VI](#)
[Capítulo VII](#)
[Capítulo VIII](#)
[Capítulo IX](#)
[Capítulo X](#)
[Último dragón](#)
[Saga Crónicas hechiceras - Ciclo Origen](#)
[Nota de la autora](#)
[Sobre la autora](#)
[Agradecimientos](#)
[Otras obras publicadas](#)
[Último dragón \(extracto\)](#)

Historias contadas un libro tras otro.



Fantasia

Ciencia ficción



Encuéntralas en [Amazon](#)

Libros de la autora

Brujas anónimas

Brujas anónimas - Libro I - El comienzo
Brujas anónimas - Libro II - La búsqueda
Brujas anónimas - Libro III - La pérdida
Brujas anónimas - Libro IV - El regreso

Conflictos universales

Libro I - Un último conflicto
Libro II - Un conflicto sin fin
Libro III - Todos los conflictos
Libro IV - El único conflicto

El reino entre las nieblas

Libro I - Un camino marcado
Libro II - Un bosque confuso
Libro III - Un reino olvidado

Crónicas de la espada viviente

Libro I - La hija del anochecer
Libro II - El hijo de la oscuridad

Intrigas del pasado

Libro I - Muerte y misterio

Epopeya de los mundos

Libro I - El viaje

Crónicas hechiceras

Libro I - Primer mago
Libro II - Último dragón
Libro III - Guerras mágicas

Novelas - Tomos únicos

La torre hundida
Antifaces
Dejemos la historia clara
El despertar de las gárgolas
La hermandad permanente
Todas mis partes
Intercambios
Vidas paralelas, destinos cruzados
Decisiones
Número privado

Matrices de la magia

La invasión

Transformación

Los tres ciclos

Nos visitan

Cuentos

Por un par de alas

Todo o nada

Una idea simple - A simple idea

Alrededor del reloj

Monstruos al acecho

Fases

Crónicas de una leyenda

Aventuras en la tienda de objetos mágicos

No ficción

¿Quieres escribir una novela?

¿Quieres escribir un cuento?

Mi primera novela cumple diez años

Visita la página de [Lorena A. Falcón](#)

PRIMER MAGO
Crónicas hechiceras
Ciclo Origen - Libro I

Lorena A. Falcón

Copyright © 2024 Lorena A. Falcón

Primera edición.

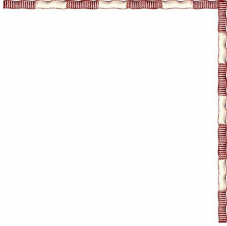
Todos los derechos reservados.



<https://www.safecreative.org/work/2208091753029>

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares los acontecimientos son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia; cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o sitios es pura coincidencia.

Diseño de tapa: Getcovers



Capítulo I



EKTOR PASEABA por las afueras del pueblo. Le encantaba alejarse del ruido de los demás, hasta donde ya no pudiera ni ver las casas de sus vecinos, y así soñar, con tranquilidad, una vida diferente.

Esa vez, caminó en dirección a las montañas que siempre había deseado visitar, pero significaban demasiados días de viaje. Nunca pudo convencer a sus padres de que lo dejaran ir.

Vagaba con la mirada fija en esas cumbres cuando tropezó y cayó por un pequeño risco. Se golpeó la cabeza y la rodilla y quedó desparramado en el piso, de cara al cielo.

Rio.

«Ojalá pudiera ser libre todos los días».

Después de unos minutos, probó levantarse. No se había roto nada, una buena noticia. Miró alrededor, era un barranco poco profundo; le llamó la atención una piedra, la más rara que había visto en su vida.

Se arrimó con curiosidad. Era más grande de lo que parecía a la distancia. La tocó con un dedo y notó que estaba caliente. Examinó el suelo en torno a ella y palpó otros pedruscos. Las demás estaban frías, como debían. Después de todo, no había ni termas ni un volcán en las proximidades, y el sol brillaba enclenque detrás de las nubes de otoño.

Apoyó la mano en la roca. Además de la tibieza, percibió una tenue vibración, casi como un pulso. Con cuidado, se arrodilló a su lado y acercó la oreja. Sí, era un latido: esa piedra estaba viva.

Se alejó de ella y la estudió con ojo crítico. Tal vez..., era un huevo; la cría de un animal. Con un escalofrío, miró alrededor. Si aquello era un nido, los adultos podrían regresar en cualquier momento. Se mordió el labio y observó el huevo de nuevo. No había visto jamás uno como ese. Inspiró y decidió aguardar. Si la madre no aparecía en unas horas...

—No puedo dejarlo aquí solo —susurró.



RETORNÓ A SU CASA entrada la noche. Su familia había terminado de cenar y su madre lavaba los utensilios usados en la comida mientras su padre y sus hermanos preparaban las actividades del día siguiente.

Ektor se metió en el establo, donde dormía, y escondió el huevo. Sintió frío apenas lo soltó, se había acostumbrado a su calor, lo extrañaba. Se apresuró hacia la estancia principal.

—¿Dónde estuviste? —preguntó su padre.

—Una breve caminata.

—Paseas demasiado.

—En mi tiempo libre; después de completar mis tareas.

—Podrías haber ayudado a los demás.

Ektor se encogió de hombros.

—La cena terminó —decretó el patriarca.

—Quizás mamá...

—No, ya no es el horario de comida.

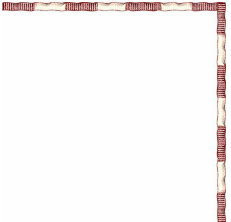
—Está bien —dijo Ektor y se retiró al cobertizo.

Permaneció allí tendido y contempló el techo, en específico, un pequeño hueco en un rincón. Hacía días que lo había notado; tal vez, semanas. Sabía que debía avisarle a su padre o a sus hermanos para que lo revisaran, pero no quería que lo cerraran, le permitía ver el cielo y soñar con alcanzar las estrellas.

Oyó que alguien entraba en el establo. Era su madre. Ella se acercó y le dejó una bandeja al lado.

—Tu padre duerme —susurró antes de acariciarle la frente y salir a las corridas.

Ektor se incorporó y cogió el plato. Devoró el contenido en un instante. Luego, sacó el huevo de su escondite y durmió abrazado a su calor.



Capítulo II



LO QUE DEBÍA HACER, además de mantener el huevo oculto, era averiguar a qué especie de animal correspondía. No conseguiría información en su casa, donde solo conocían la vida doméstica; sin embargo, había alguien en la aldea a quien sí podía preguntar.

Sería difícil inventar una excusa para conversar con él. Si bien muchos decían que ese ermitaño estaba loco, nadie lo sabía con seguridad porque ni le hablaban ni lo veían. Así que Ektor se decidió por la opción más fácil: entrar en su vivienda sin permiso. Incluso si no lo encontraba, los rumores mencionaban una elevada cantidad de libros en su posesión.

Se acercó a la morada después de su primera jornada laboral, en el momento tras el almuerzo cuando todos se tomaban un breve descanso antes de continuar con sus actividades.

«Ojalá no esté dormido».

Espió a través de su ventana y lo divisó sentado en el sofá, con los ojos abiertos y fijos en él. Ektor se quedó paralizado hasta que el viejo levantó el brazo. Cerró los párpados e inclinó la cabeza, a la expectativa de un golpe, aunque fuera imposible que lo alcanzara desde allí.

—Entra, idiota —dijo el ermitaño.

Ektor vaciló unos segundos, y luego obedeció.

—¿Qué quieres? —lo interpeló el anciano, con hosquedad, apenas cerró la puerta detrás de sí. Ektor cambió el peso de un pie al otro—. Vamos, muchacho, yo no soy tan joven y no me queda tiempo para desperdiciar.

—Quería..., mmm, revisar sus libros..., dicen que tiene varios —contestó él y se animó a echar un vistazo alrededor.

—¿Sabes leer? —El eremita frunció el ceño.

—¡Por supuesto!

—Es raro. —Se levantó y se dirigió hacia la habitación contigua—. ¿Qué esperas? —gruñó cuando notó que Ektor no lo seguía.

Él se apresuró a hacerlo y, de repente, se halló en un cuarto con las paredes cubiertas de tomos.

—Es un montón... —murmuró con la respiración entrecortada.

—¿Esto? No es nada comparado con las bibliotecas en la capital y ni hablar de la imperial. ¿Buscas algo en especial o pretendes divertirte con leyendas tontas?

—Eh..., creo que quiero... un..., una enciclopedia sobre..., mmm, animales de la zona.

El viejo lo miró de arriba abajo.

—Tengo unos como esos... —expresó al fin y Ektor sonrió—, ¿cuánto ofreces por consultarlos?

—¿Cuánto... ofrezco? —tartamudeó.

—Sí, debemos arreglar el pago.

—¿Pagar?

—¿Piensas que el conocimiento es gratis?

Él arrugó el entrecejo y se rascó la cabeza.

—Pues..., no tengo dinero.

—¿Algo más que puedas compartir?

Ektor se contempló las manos.

—¿Trabajo?

—Eso me sirve —hizo un ademán que abarcó el entorno—, hay muchas labores por aquí. Bien, puedes examinar uno y después necesito bastante leña.

Ektor asintió con entusiasmo y escogió uno de los mayores volúmenes grandes que encontró. Al principio, estudió cada página con esmero; luego determinó que, de esa manera, tardaría horas en revisarlo por completo. Empezó a pasar hoja tras hoja y solo prestó atención a las fotos. Acabó el libro y suspiró.

Fue por el hacha.

—Si me dices qué buscas —dijo el ermitaño desde el interior de la vivienda mientras Ektor cortaba los troncos—, tal vez pueda ayudarte.

—Es un huevo..., mmm, como así de grande —gesticuló con las manos— y es un óvalo perfecto... y tiene motas... y está caliente.

—¿Un huevo de dragón? —El anciano se asomó por la ventana.

Ektor retrocedió un paso y se mojó los labios.

—¿Perdón?

El eremita salió de la casa, más rápido de lo que su cojera anunciaba, y lo aferró por los hombros.

—¿En verdad viste uno de esos? ¿Dónde? —Se frotó la barba—. Nunca nadie... Si lo presento en la capital..., podría... ¡Debes mostrarme!

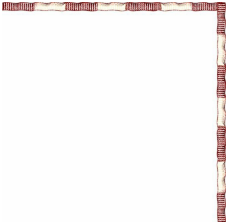
—Mmm, claro —respondió él—, no queda muy lejos.

—Lo haremos esta noche —anunció el viejo—. No le digas a nadie. Nos reuniremos aquí.

Ektor asintió y se apresuró a terminar con la leña para irse.

Al arribar a su hogar, fue directo al establo. La temperatura del huevo había aumentado; ¿podría ser uno de dragón? Estaba a punto de guardarlo y prepararse para la cena, durante la cual pensaría a dónde llevar al anciano, cuando oyó voces. Varias personas se habían acercado a la granja, guiadas por el ermitaño.

Notó que su padre señalaba el cobertizo, entonces hizo lo obvio en una situación como aquella: agarró el huevo y huyó.



Capítulo III



—OTRA DE MIS GRANDES IDEAS —susurró mientras se cobijaba tras unas rocas, abrazado al huevo—, mi padre estaría orgulloso.

Siempre le echaba en cara que actuaba sin pensar. Su madre insistía en que era una cualidad adorable, porque lo movía el corazón. El resto de la familia proclamaba que no sabía usar el cerebro.

Ahora creía que tenían razón.

Se ocultaba de una muchedumbre que lo perseguía, no podía regresar a su casa, no estaba preparado para viajar ni para vivir a la intemperie y no tenía idea de qué hacer ni a dónde ir. Todo por un huevo que podría o no pertenecer a un animal fantástico.

Lo miró y acarició su tibia superficie. Le tenía un cariño sin sentido y cierta compulsión por protegerlo. A lo mejor eran ciertas las leyendas sobre que los dragones eran mágicos y este lo había encantado para que lo cuidara.

Como fuera, su instinto le avisaba que el ermitaño no tenía buenas intenciones, lo había visto en sus ojos. Su padre diría que...

—Pero él no está aquí...

Ektor estaba solo, lo cual no era extraño, siempre había sido diferente.

Apenas percibió que las voces se alejaban, salió de su escondite y corrió, encorvado, hasta el bosque. Por un momento, analizó subir a un árbol y pasar la noche allí. Al final, optó por continuar su maratón. Hasta que cayó rendido al suelo y, sin darse cuenta, se quedó dormido.



SE DESPERTÓ CUANDO oyó gruñidos a su alrededor. Abrió los párpados con lentitud y permaneció quieto, reconocía el olor. Estaba rodeado por lobos y no tenía nada con qué defenderse.

Se mantuvo inmóvil. Tal vez..., tal vez..., perdieran el interés si no ofrecía resistencia. No recordaba si comían animales que encontraran ya muertos, a algunos depredadores les gustaban que sus presas estuvieran vivas.

Aferró el huevo y sintió que su calor le atravesaba el pecho, le proporcionaba cierto alivio.

Los lobos se acercaron más y, de repente, aullaron al unísono y se fugaron a la carrera.

Ektor se incorporó y notó que el cascarón brillaba.

—Gracias —murmuró y le dio un beso.

Se levantó y corrió, tenía que alejarse.

Tras unas horas, advirtió que muchos animales marchaban con él. Huían y Ektor se preguntó si escapaban de lo mismo. Si bien ya era de día, múltiples nubes tapaban el sol y, junto a las

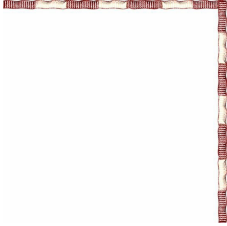
copas de los árboles, oscurecían el entorno hasta simular una noche. Levantó la vista para averiguar si se trataba de una tormenta y lo que vio fue el cuerpo enorme de un dragón en el cielo.

Persiguió su sombra hasta que el reptil se internó entre las cumbres de las montañas. Se detuvo y se mordió el labio. Era una locura. Sin embargo, ¿qué alternativa tenía? Lo mejor, para todos, sería dejar a la cría con uno de su especie. Ella estaría a salvo y él podría retornar a su hogar.

Observó los cerros. Pese a que no parecía que estuvieran muy lejos, no tenía ni comida ni agua para la travesía. Apoyó el huevo en el piso; con el tiempo, le resultaba un poco más pesado. Miró alrededor. Quizás..., si hallaba agua y comida para unas jornadas de viaje y un recipiente donde transportar ambos, podría lograrlo; era joven y sano y...

—Estoy demente —musitó y sacudió la cabeza.

Buscó los enseres para la excursión. Luego, se puso en camino porque, locura o no, no podía abandonar al huevo ni regresar a su casa con él: debía encontrar al dragón adulto.



Capítulo IV



NO HABÍA VUELTO A VER al dragón adulto y habían pasado varios días. Y el hecho de que los animales del bosque hubieran retornado a su vida habitual indicaba que no estaba en las proximidades. Por suerte, tampoco los hombres del pueblo. Ektor estaba bastante seguro de que los había perdido o, quizás, habían desistido en su persecución.

Observó la cordillera; por fin, estaban más cerca. No obstante, ahora dudaba si ese era el camino correcto. ¿Aquellos reptiles tendrían sus nidos en las montañas? No había ninguna en el área donde encontró el huevo; lo apoyó en el piso y se sentó. Escudriñó el cielo despejado y suspiró. Estaba cansado y débil. Era muy escasa la comida que había conseguido previo al viaje y durante este.

Cuando estaba a punto de quedarse dormido, oyó el aullido de lobos. Inspiró, se levantó, recogió el huevo e hizo una mueca. La temperatura de este aumentaba sin cesar, Ektor ya tenía quemaduras en las manos. Y latía más fuerte. Con cuidado, arrimó la oreja lo máximo que pudo.

El pulso era enérgico y acelerado, ¿qué podría significar?, ¿acaso la cría estaba a punto de...?

Lo alejó de él y lo depositó en el suelo de nuevo. Se apartó y esperó. ¿Cuánto tardaría un dragón en salir del cascarón? Y ¿podría dejar al recién nacido allí en el bosque? ¿Sobreviviría por su cuenta?

Elevó la vista hacia los cerros, quedaba tan poco... Tal vez, aún podía lograrlo. Se mordió la lengua, alzó el huevo, lo abrazó y corrió. Notaba el palpitar de la cría a la par del suyo, ambos corazones al unísono, como si el bebé le prestara su potencia. Ektor se movía junto con el viento; la brisa lo llevaba más y más rápido. Tenía ganas de gritar de euforia, pero debía contenerse, no debía alertar a nadie ni nada de su presencia. La cordillera estaba casi a unos pasos y a Ektor le asombró que apenas se sentía cansado.



CAMINÓ POR EL PERÍMETRO de la montaña durante varias horas sin encontrar un lugar por donde entrar. El huevo ardía contra su pecho y, cada vez, latía con mayor urgencia. Un instinto desconocido se apoderó de él, le instaba a ingresar en el cerro, no sabía por qué. Pronto sería de noche y sería bueno contar con un refugio.

Al fin, halló una pequeña apertura. Sin embargo, no estaba al ras del piso, tendría que trepar unos cuantos metros. Quizás eso le aseguraba que ningún otro animal la usaba de cobijo; al menos, ninguno que no volara.

—Demasiado bajo para un dragón... —musitó al estudiar la distancia.

Tendría que escalar con una sola mano porque en la otra acarreaba el huevo. Suspiró y miró alrededor, si pudiera atárselo al cuerpo... No vio más que unos ralos arbustos cuyas ramas se

rompieron de la nada cuando quiso tejerlas en una red.

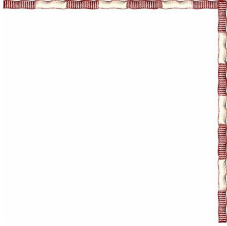
Sujetó el huevo con un brazo y comenzó a ascender.

Después de varios minutos, se dejó caer al suelo, aún aferrado al cascarón, y respiró agitado mientras contemplaba el cielo que ya se teñía de atardecer.

Si bien estaba al borde del risco y cualquier desliz podía llevarlo al vacío, no importaba porque no podía moverse de momento. Cerró los ojos y se concentró en el pulso del huevo, le daba fuerzas. Y se sentía tranquilo, sabía que estaba haciendo lo correcto.

Después de un rato, abrió los párpados y era de noche. Debía ingresar a la cueva antes de quedarse dormido. Con lentitud, se alejó de la orilla.

En el interior de la caverna, la visibilidad era escasa, solo contaba con el súbito resplandor del cascarón. Advirtió unos huesos, así que era o había sido la morada de alguien. Permaneció junto a la entrada y se recostó contra la pared. El huevo latía con furia y, de repente, se oyó un crac.



Capítulo V



OBSERVÓ LA PEQUEÑA FISURA. Pasaron varios minutos antes de que apareciera otra. Echó una ojeada alrededor como si pudiera hallar ayuda en algún sitio, pero estaba solo. Y era mejor así, en realidad. Sin embargo, no sabía qué hacer. Había tenido esperanzas de dejar a la cría en un lugar donde el dragón adulto la encontrara antes de que naciera. Ahora era obvio que no llegaría a tiempo.

Estudió el huevo. ¿Necesitaría asistencia? ¿O debía permitir que el bebé saliera por su cuenta? Sabía muy poco de animales, su meta en la vida había sido alejarse de la granja de su familia y emplearse en cualquier actividad diferente.

Suspiró y escuchó un crac más fuerte que los anteriores. Revisó la nueva grieta. Era bastante mayor que las otras, la rozó con los dedos y notó un cosquilleo fogoso, muy caliente; pese a que podría quemarle la mano, no lo hacía. El corazón del nonato latía con frenesí y el suyo retumbaba en consonancia. Ektor sintió que el momento se estiraba. No brotaron fisuras adicionales mientras él tocaba a esa criatura mítica. Por un instante, creyó que ella intentaba...

Se oyó un ruido fuera de la cueva.

Sobresaltado, dejó el huevo con cuidado en el piso y se encaminó hacia el despeñadero. En el exterior, la noche estaba avanzada y múltiples sombras volaban próximas a la caverna. Eran mayores a cualquier pájaro que había visto en su vida. Miró, por sobre su hombro, hacia la suave luminiscencia del cascarón; el embrión estaba quieto y en silencio, como si esperara. ¿Acaso presentía una amenaza y, por eso, había interrumpido su nacimiento? ¿Tendría que trasladarlo?

Una de las enormes aves se acercó con un chillido y Ektor reculó. Otra lo rozó y él percibió el filo de unas garras. Corrió dentro de la gruta, recogió el huevo y penetró en lo profundo.

Estaba muy oscuro y su única compañía era el tenue fulgor que emitía el cascarón y su calor. Un agudo instinto le indicaba que fuera había peligro, aunque no tenía idea de qué eran esas sombras voladoras. Si bien oía sus chillidos en el exterior, parecía que, por algún motivo, no se animaban a ingresar en la cueva. Ektor esperaba que no fuese porque supieran de un inquilino que él aún no había conocido. Lo rodeaba tanta negrura, más allá del brillo quebrado del huevo, que dudaba si podría encontrar el camino de regreso.

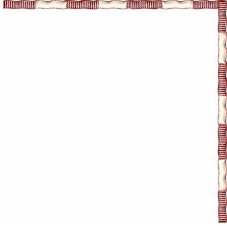
—Ojalá —musitó y del cascarón surgió otro crac.

Lo apoyó en el suelo y lo observó con atención. Esa vez, la grieta era tan amplia que creyó distinguir movimiento en el interior. Estiró el brazo y lo retiró. Aún no estaba seguro de cuánta ayuda debía proveer. Quizás era importante que naciera por su cuenta.

Se mordió el labio y revisó sus bolsillos. No tenía más que unos frutos diminutos que había recogido para él y ni siquiera los suficientes para mucho tiempo, debería haber pensado en ello antes de refugiarse en la caverna. Era probable que el bebé tuviera hambre apenas saliera del huevo y no había allí nada para comer que...

—Soy demasiado grande —musitó en broma y se asustó del sonido de su propia voz.

Otro crac enérgico y el cascarón estalló. Se protegió el rostro con los brazos. Cuando se animó a espiar, un minúsculo dragón estaba a sus pies y su fulgor iluminaba toda la cueva. Era hermoso. Ektor le ofreció una de las frutas y la cría arrimó el hocico a su palma. Él sintió el contacto de las escamas contra su piel y se desmayó.



Capítulo VI



CUANDO DESPERTÓ, el dragón dormía acurrucado a su lado. Ektor suspiró.

Se levantó y estiró el cuerpo. Apenas se alejó del bebé, sintió frío; se frotó los brazos y avanzó. El brillo del reptil le permitía ver bastante bien el entorno. Era una cueva ordinaria, con dos túneles. Se adentró un poco en cada uno de ellos, no sabía cuál llevaba al despeñadero. Tropezó y se sostuvo de la pared de piedra y unas chispas brotaron alrededor de su mano. La apartó y se la revisó, no había daño. No sabía de ninguna roca que reaccionara así al roce. Volvió a tocarla con la punta de un dedo y nada. La acarició con la palma y percibió un ardor en el centro y, otra vez, aparecieron centellas.

—¿Qué es esto? —murmuró y oyó el chillido del dragón al despertar.

Se giró y el pequeño voló, con torpeza, hasta él. Ektor rio y lo abrazó. Le encantaba la energía que emanaba. Observó sus manos mientras lo acariciaba, el chisporroteo regresó y aumentó. Tronó los dedos y, de repente, una flama surgió en su palma.

Casi soltó al bebé; lo aferró con un brazo y examinó, fascinado, la llama. El fuego le transmitía su calor sin quemarlo. El reptil arrimó el hocico a la flama y, de un lametazo, la apagó. Luego, el dragón se apretó contra su cuello y le mordió la ropa.

—¿Tienes hambre? —tartamudeó y le ofreció las escasas frutas que le quedaban; no podía dejar de pensar en su mano—. Tendremos que abandonar la cueva. —Suspiró tras darle la última.

Con la luminiscencia del bebé, encontró el camino fuera de esa caverna. Durante la marcha, la llama se encendía en su palma cada tanto (en ocasiones, creía que respondía a su voluntad; en otras, opinaba que era espontánea).

El exterior estaba calmo y en pleno día. Guiñó los ojos bajo la claridad del sol. No estaba seguro de cuánto tiempo había pasado, tal vez una noche, quizás más. Sin embargo, estimaba que no había permanecido inconsciente mucho, no tenía hambre. Al menos, no tanta como el dragón, que no paraba de masticar su camisa.

Se acercó a la orilla del barranco y miró hacia abajo. Era bastante empinado y no sería fácil descender con un solo brazo. Las mordidas del reptil se intensificaron y el calor de su cuerpo se elevó. Ektor notó una sombra sobre su hombro.

—No —musitó y se refugió en la entrada de la cueva; una de aquellas colosales aves rondaba en las inmediaciones.

«No puedo quedarme aquí», pensó mientras observaba las enormes alas revolotear a corta distancia.

Se contempló la mano: resplandecía un poco. A lo mejor, el dragón le prestaba su fuerza, su fuego. Cerró los párpados y trató de imaginar la flama, de nuevo, en su palma. Cuando la visualizó, abrió los ojos y ahí estaba. Intentó lanzarla y, en unos segundos, el bebé la devoró.

—No. Necesito... —dijo él, pero no sabía cómo explicarle qué precisaba.

Tardó una hora en conseguir una llama que el reptil no apagara. Salió al despeñadero con el brazo extendido y apuntó con la palma. Algunas aves se aproximaron lo suficiente para que unas chispas les saltaran encima y regularon, todas chillaron.

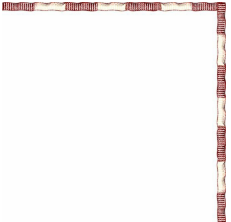
Ektor sonrió.

Cuando consiguió que se mantuvieran alejadas unos minutos, se apresuró a bajar por el risco y cayó los últimos metros. En el piso, aún abrazado al bebé, oyó gritos humanos.

—¡Por allí, está por allí! —clamaban unos hombres.

«¿Todavía me siguen?, ¿en serio?».

Se levantó y corrió con el dragón en brazos, como si volara.



Capítulo VII



RESULTABA OBVIO que aún no podía regresar a su casa. No obstante, la verdad era que primero debía encontrar dónde dejar al pequeñín. Una parte de él imaginó que, quizás, el dragón adulto que había visto por allí hacía poco sentiría el nacimiento de uno de su especie y...

—¿Y qué? —susurró—. Ignoro cómo se comportan con sus crías.

Contempló al bebé que dormía en sus brazos. Estaban escondidos entre unos arbustos a la espera de que bajara el sol. Ektor había decidido moverse amparado por la oscuridad. Si bien llevaba horas sin escuchar las voces de los hombres que los perseguían, ya había creído perderlos en una ocasión.

Se observó la palma, deseaba volver a probar, pero la última vez había prendido fuego a las ramas entre las cuales se ocultaban y casi quedaron atrapados entre las llamas. Suspiró y miró hacia el cielo.



AVANZABA POR EL BOSQUE con vacilación, dudaba sobre qué orientación debía seguir. Estaba al tanto de que había un pueblo más grande que el suyo no muy lejos, con el cual se comerciaba. Ektor nunca lo había visitado, pese a que le había implorado a su padre, incluso había tratado de convencerlo que sería bueno para los negocios de la granja.

Como marchaba durante la noche, no anticipaba toparse con ningún viajero. Así que se sorprendió cuando no solo se cruzó con alguien, sino que ni siquiera la oyó aproximarse.

—¿Eso es un dragón? —preguntó una muchacha que debía de tener su misma edad.

Antes de que Ektor fuera capaz de reaccionar, ya había extendido el brazo para acariciar al bebé quien, al instante, le lamió la mano. La joven rio y, poco después, se desplomó al piso.

—Oh... —musitó él.



LA EXTRAÑA DESPERTÓ tras unas horas. Ektor la había arrastrado hasta unos matorrales, donde también se escondió junto con el dragón, que había comido varias frutas, así como algunos de los pequeños animales alrededor. Él se conformó con los frutos restantes y permaneció cerca de la muchacha, que parecía tener fiebre. Ektor observó al bebé, acurrucado a su costado, y se estudió la mano. La flama se encendió en su palma y Ektor la contempló mientras pensaba.

En ese momento, escuchó el gemido de ella.

Se deshizo de la llama con un movimiento de la muñeca y le sorprendió que se comportara

como esperaba. Sacudió la cabeza, meditaría sobre ello más tarde. Se inclinó hacia la joven.

—¿Estás bien?

—¿Qué pasó? —inquirió ella y se irguió.

—Lo siento, no estoy seguro. —Se giró en dirección al bebé—. Creo que es algo que él hace, aunque no sé nada de dragones.

—¿Y cómo conseguiste uno?

—Lo encontré de casualidad —respondió Ektor y se frotó el cuello.

—¿Qué harás con él?

—No lo sé. —Titubeó—. ¿Se te ocurre dónde ocultarlo o donde podría estar a salvo?

Ella pestañeó.

—¿Yo? Es la primera vez que veo un dragón.

Ektor se mordió el labio.

—Algo sucedió... —indicó la muchacha tras unos minutos y frunció el ceño.

—Perdón —dijo él y se puso de pie; recogió al bebé—. Apenas nos conocemos... ¿Qué hacías por aquí?

—Me gusta el bosque —contestó ella y se encogió de hombros—. Cuando era niña, mi padre acostumbraba a traerme y dejarme sola, durante semanas, para que me arreglara por mi cuenta.

—Suenas cruel.

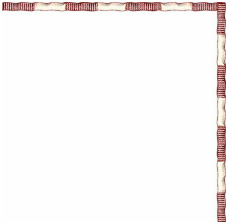
—Al contrario, aprendí a valerme por mí misma.

—Mi familia no quiere que vaya a ningún lado, pretenden que ayude con la granja, como si fuera un animal más.

—Ahora no estás allí. —La joven sonrió y él también—. ¿Qué te parece si te acompaño? Me llamo Viviane y conozco el área como la palma de mi mano —expresó y la extendió; en el centro de ella surgió una pequeña flama.

—Mmm... —murmuró Ektor—, sí..., eso puede pasar...

La muchacha lo miró, perpleja.



Capítulo VIII



—ES ASOMBROSO —murmuró Viviane cuando Ektor terminó su relato. Ella estaba fascinada por la llama que resplandecía en su palma y que, luego de unos minutos, podía pasar de una mano a la otra.

El dragón corría tras la flama como si fuera un juego. A Ektor le pareció que había crecido desde que salió del cascarón, solo días atrás.

—Ten cuidado —la previno Ektor, aunque a él también le gustaban los chispazos—, es fuego verdadero.

—No te preocupes, sé cómo evitar un incendio en el bosque.

Él se agitó y suspiró. Ella enarcó las cejas.

—¿Crees que aún te persiguen?

Ektor se encogió de hombros.

—Ya unas cuantas veces pensé que los había perdido y reaparecen, ignoro cómo me encuentran.

—No lo harán conmigo como tu guía. —Viviane sonrió.

Él se sonrojó.

—¿Y a dónde vamos? —preguntó.

Viviane frunció la nariz.

—No lo sé... —musitó y miró al reptil, que se comió su llama—. Será mejor que nos movamos, debemos mantenerlos confundidos. —Se levantó y el pequeñín caminó tras ella.

Ektor sintió envidia y se acercó al dragón quien, de inmediato, saltó a sus brazos con un breve vuelo. Él gruñó, el bebé estaba más pesado.

Se pusieron en marcha y no tardaron en oír voces de hombres. A pesar de que los esquivaron, cada tanto, volvían a escucharlos a la distancia.

—Opino que son varios grupos —comentó Viviane—. ¿Sabes cuántos individuos te siguieron fuera de tu pueblo?

Él hizo una mueca.

—No me quedé a contarlos cuando me di cuenta de que me buscaban.

—¿Quién es ese ermitaño del que me hablaste?

Ektor se frotó la nuca.

—Es un misterio; los rumores dicen que vivió en la capital del imperio.

Ella se mordió el labio.

—Tal vez tenga suficiente dinero para contratar a numerosos sujetos.

Él arrugó el ceño.

—Es posible. Se aísla de todos, no trabaja en la aldea ni vende nada; y algunos afirman que es rico, nadie sabe si es cierto.

Viviane asintió.

—Se me ocurre un sendero... —dijo después de un momento—. Es difícil de seguir y no creo que ellos lo escojan si lo ven. —Observó al dragón—. No sé si habrá comida por allí, deberíamos recolectar un poco.

—De acuerdo —accedió Ektor—, ¿y luego? —Ella elevó las cejas—. Mi idea es dejar al bebé con los suyos —explicó él—, pero ignoro cómo encontrarlos...

—No podremos mantenerlo con nosotros mucho tiempo; si es similar al resto de los animales, pronto se valdrá por sí mismo.

Ektor encendió la llama en su mano.

—Quizás...

—No te preocupes ahora, estoy segura del camino que te digo. Estaremos a salvo durante unos días y entonces pensaremos en qué hacer a continuación.



SIN EMBARGO, a la mañana siguiente de comenzar la ruta escarpada, se cruzaron con un grupo de hombres. Pese a que huyeron en un principio, a escasos metros, los rodearon.

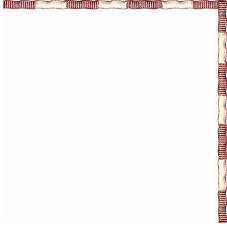
—Entreguen al reptil —ordenó el líder.

Ektor se interpuso entre él y Viviane, quien acarreaba al pequeñín, y alzó los brazos. Si bien solo quería pedirle que se tranquilizara, de sus palmas escaparon fogonazos que chamuscaron el rostro del cabecilla, quien retrocedió con un aullido.

Los demás gritaron:

—¡El dragón, el dragón!

Ektor sabía que no había sido culpa del bebé, sino suya. Se miró las manos; las chispas permanecían y a él no le quemaban. Apuntó hacia otro de los sujetos y las flamas saltaron hacia este. Escuchó el alarido de Viviane a sus espaldas y se giró. Dos individuos la aferraban de los hombros; el trío se hallaba cerca de un barranco. Ektor lanzó más llamaradas y Viviane lo imitó. El dragón levantó vuelo y el líder, con la cara achicharrada, intentó asirlo... y se desmayó. Ektor corrió hacia el bebé, que planeó risco abajo. Al llegar al borde del precipicio, no frenó a tiempo y resbaló. Oyó que Viviane caía también.



Capítulo IX



CUANDO DESPERTÓ, LE ASOMBRÓ estar ileso. Ektor permaneció inmóvil unos minutos. Había experimentado como si volara junto al dragón, que ahora se acurrucaba a su costado.

—¿Lo sentiste? —inquirió Viviane y se irguió a su lado.

—No estoy seguro de qué fue.

—Tenemos que irnos de aquí —lo urgió ella y se puso de pie.

Ektor recogió al bebé en sus brazos y la siguió entre los árboles, habían regresado al bosque. Caminaron en silencio durante horas.

—Deberíamos hablar de lo acontecido —expresó él.

—¿Te refieres a la hechicería que realizamos?

—Nunca oí de algo similar. —Ektor negó con la cabeza—. ¿Humanos con magia? Hasta donde sé, incluso se duda si los dragones la poseen. Las historias que nos contaban de niños...

—Tal vez..., ese ermitaño... —Viviane vaciló— lo sabía..., que esto ocurriría.

Él frunció el ceño.

—Supongo que por eso está empeinado en conseguir al pequeñín... —murmuró—. Entonces..., en la capital, quizás más gente sepa qué nos sucedió.

—Es probable —respondió ella y arrugó la nariz—. Aunque no significa que querrán ayudarnos...

—Tratarán de aprovecharse. —Ektor apretó al bebé y notó que le mordía la ropa, también percibió el ardor de su magia contra su pecho—. No debemos permitir que lo capturen ni tampoco que este... poder, o lo que sea, se transfiera a una persona que lo utilice para el mal... —Calló de repente y detuvo su marcha.

—¿Qué? —preguntó Viviane.

—El líder de los hombres que nos atacaron..., en el barranco, tocó al dragón y se desmayó...

—¿Crees que le pasó lo mismo que a nosotros? —Ektor asintió—. Entonces, no hay más opción que visitar la capital. Es el único lugar donde existen posibilidades de encontrar a alguien que entienda de animales míticos y encantamientos.



ARRIBARON A LA METRÓPOLI una semana después, agotados. Habían tenido que eludir a varios grupos de individuos, y el sujeto que había estado en contacto con el dragón ahora lanzaba llamas desde sus palmas. Apenas habían conseguido comida durante el viaje y se sentían débiles.

—No podemos entrar con él —dijo Ektor, a las puertas de la urbe, y señaló al bebé. Este había crecido tanto que ya no podían acarrearlo; sin embargo, estaba enclenque. Ektor esperaba que fuese por falta de alimento adecuado.

Viviane titubeó.

—Tal vez, sea mejor si solo uno de nosotros ingresa y el otro aguarda fuera.

Él se mostró de acuerdo.

—Yo me quedaré.

—¿Estás seguro? —Ella arrugó el entrecejo—. Has mejorado bastante, pero el bosque aún no es tu hogar.

Ektor hizo una mueca.

—La ciudad lo es todavía menos.



VIVIANE REGRESÓ AL ANOCHECER y se cayó antes de llegar a su lado.

—¡Estás herida!

Ektor se apresuró hacia ella. Sin pensarlo, apoyó ambas manos sobre la lesión en su brazo. Percibió el calor; no obstante, en vez de flamas, de sus palmas brotó una tenue luminiscencia. Poco a poco, el corte dejó de sangrar y se cerró. Él se retiró; Viviane lo observaba.

—Tenemos un problema —anunció.

Ektor frunció el ceño.

Viviane apretó las mandíbulas y contempló al bebé, que pasaba más tiempo dormido que despierto.

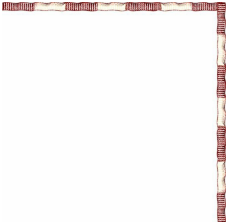
—El cabecilla puede hacer cosas que nosotros nunca intentamos —se mordió el labio—; todos lo llaman «mago» y... No sé si fue él quien comenzó el rumor o... Dicen que, para convertirte en uno, tienes que tocar un dragón.

—Los magos no existen.

—Ahora sí. —Se puso de pie—. No es seguro quedarnos aquí.

—¿A dónde vamos? —preguntó Ektor mientras zarandeaba al pequeñín.

Ambos miraron hacia el bosque y las montañas más allá.



Capítulo X



LOS RODEARON LA TARDE SIGUIENTE. Escaparon porque lanzaron llamas y destellos por doquier, incluso levitaron un poco. Al final, estaban exhaustos como el dragón, que ya no volaba. Ektor lo llevaba a la espalda, a duras penas.

En un par de ocasiones, los hombres que los perseguían habían logrado aprehenderlo y retenerlo por unos minutos antes de que ellos consiguieran rescatarlo.

Se ocultaron durante un tiempo para recuperar fuerzas. Sin embargo, no podían permanecer quietos. Resultaba difícil conseguir comida y, a cada rato, escuchaban las voces de un grupo de caza en busca del pequeñín. Lo peor era que había más personas con magia.

—Necesitamos otra estrategia —anunció él.

—¿Cuál? —dijo Viviane.

—No lo sé, pero solos, nos ganarán. Si convencemos a algunos para que nos ayuden...

—¿Cómo? No tenemos nada que ofrecer, excepto...

Ektor acarició al dragón que yacía sobre su regazo.

—No... —musitó.

—No será fácil encontrar a quienes lo hagan porque «es lo correcto» —insistió ella—. Mi padre dice que lo primero que debes hacer en una pelea es intentar nivelarla.

—El bebé no lo resistirá —se quejó él—, creo que lo estamos matando.

Viviane apretó las mandíbulas.

—Quizás, cuando lo dejemos con los de su especie, se recupere.

Ektor asintió.

—Tal vez...

—No se animarán a enfrentarse a los grandes y son casi imposibles de hallar.

Él sonrió con tristeza.

—Me di cuenta.

Ella frunció el ceño.

—Deberían andar alrededor de las montañas, donde divisaste a ese.

—Lo vi en el cielo un momento, nunca más.

—No tenemos muchas opciones. —Titubeó—. Y, a lo mejor, cuando se separe de nosotros, toda esta locura de la magia acabe.

—¿Crees que desaparecerá? —preguntó Ektor—. Lo pensé; no obstante..., si se requiere que él esté cerca, entonces..., ¿por qué esos hombres mantienen los encantamientos?

Viviane se mordió el labio.

—Retomo mi primera propuesta.

—¿Cómo saber en quién confiar?, ¿con quién compartir este don? —expresó Ektor.

—Probemos en aldeas chicas. Estoy segura de que habrá jóvenes como tú y yo con ganas de

aventuras.

Ektor abrazó al dragón.

Ella se agachó a su lado.

—Tendremos cuidado.

—Precisa comer.

—Sí, debemos prepararnos —dijo Viviane—; será un viaje arduo.



—NO PODEMOS CONTINUAR ASÍ —estableció Ektor unas semanas después.

Se habían aproximado muy poco a la cordillera porque, cada tanto, tenían que hacer rodeos o huir de sus acosadores. El número de grupos de batida había aumentado e incluso, a veces, peleaban entre ellos.

Ektor contempló a sus tropas, un conjunto de pueblerinos de diferentes edades, mientras practicaban magia. Acarició al bebé que desde varios días atrás no abría los ojos.

—Necesita a su familia.

—Lo sé —respondió Viviane y se sentó a su lado, suspiró—. Y no se me ocurre cómo conseguirlo.

—Tendremos que atacar.

Ella arrugó el entrecejo.

—¿A quién? ¿Cómo?

—A todos —contestó él y encajó la mandíbula—. Nos abriremos camino a fuego, es la única forma de llegar a los cerros.

No agregó que su destino se trataba de una mera esperanza porque no habían divisado a otro dragón y nada les garantizaba que hubiera uno allí.

Viviane frunció los labios y lo observó.

—Está bien —aceptó y se levantó.

A la mañana siguiente, abandonaron su escondite y embistieron a los que se interponían en su sendero. Tras una semana, estaban extenuados, pero, por fin, cerca de las montañas.

—Solo un poco más —susurró Ektor antes de la última batalla.

Bastantes sobrevivieron. Viviane se aproximó a él con una renguera.

—Ya tenemos el camino libre —anunció.

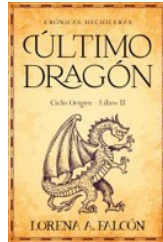
Ektor la miró con el rostro lleno de lágrimas y el dragón bebé muerto a sus pies.

Una sombra los cubrió y ambos alzaron la vista hacia el cielo. Casi al instante, oyeron los gritos de nuevos grupos de caza que se avecinaban en busca de magia.

La historia continúa en:

Último dragón

Crónicas hechiceras - Ciclo Origen - Libro II



Las tensiones entre los hechiceros aumentan. Con el destino de una raza en peligro, Ektor deberá intervenir e intentar reparar su error.

¡Consíguelo ya en [Amazon](#) y descubre si Ektor lo consiguió!

Libros de la saga Crónicas hechiceras - Ciclo Origen

Primer mago

Libro I



Cuando Ektor salió a caminar ese día, ignoraba que se convertiría en un mago. Ahora debe proteger a un joven dragón, el único en existencia.

Disponible en [Amazon](#) en *ebook* y *kindle unlimited*.

Último dragón

Libro II



Las tensiones entre los hechiceros aumentan. Con el destino de una raza en peligro, Ektor deberá intervenir e intentar reparar su error.

Disponible en [Amazon](#) en *ebook* y *kindle unlimited*.

Guerras mágicas

Libro III



Cuando la batalla entre hechiceros se recrudece, la magia cruza demasiados límites. Ektor se encuentra solo y ya no puede esconderse.

Disponible en [Amazon](#) en *ebook* y *kindle unlimited*.

Nota de la autora

¡Muchas gracias por leer mi libro! Espero que lo hayas disfrutado. ¿Sabías que las reseñas alimentan al autor? En más sentidos que uno. Si te gustó el libro, por favor, considera calificarlo y/o reseñarlo en [Amazon](#).

¿Quieres libros gratis?

Aglaya



Aglaya regresa a su hogar después de diez años. Aquello de lo que huyó todavía la espera. Esta vez, tendrá que hacerle frente.

Disponible en [Amazon](#).

El talismán del emperador



El emperador solo tiene un deseo: el bien de su imperio. Y para asegurarse de ello, solo tiene una meta: vivir para siempre.

Disponible en [Amazon](#).

La otra profecía



Kamilla es la joven elegida para impedir la profecía que se avecina.

Lástima que debe dar su vida para evitarla.

Disponible en [Amazon](#).

Cuentos mitológicos



Estos cuentos recogen mitos griegos desde otro punto de vista; a veces, desde sus actores más callados.

Disponible en [Amazon](#).

¿Quieres saber cómo continúa la historia de Ektor?

Al final de este libro, encontrarás una muestra del siguiente libro de la serie.



Sobre la autora

Lorena A. Falcón es una escritora argentina, nacida y radicada en Buenos Aires. Su carrera inició con la inclusión de un cuento en una de las selecciones de una conocida editorial de autor. Publicó su primera novela poco después e inició un *blog* de cuentos que mantuvo durante varios años.

Visítala en [Twitter](#) o [Instagram](#).

Agradecimientos

A mi hermano, mi propio héroe.

Otras obras publicadas



El viaje

Ni siquiera el universo puede contener la ambición.

Ishbel, una delegada Ume, deberá evitar una guerra interplanetaria y quizás Kemen, de los Taio, sea su único aliado.

Disponible en [Amazon](#).



Aventuras en la tienda de objetos mágicos

Cuentos llenos de encanto.

Desde que la magia fue mundialmente reconocida, Rebeca siempre quiso ser parte de ella. Y hoy abre su tienda de productos hechizados.

Disponible en [Amazon](#).



El hijo de la oscuridad

Una noche espesa, una época para el olvido.

Él sabía que era diferente del resto: no se sentía humano. Por miedo a ser rechazado, intenta convertirse en un héroe.

Disponible en [Amazon](#).



Muerte y misterio

La verdad es una necesidad y un castigo.

Sofía siempre supo que en su familia había un secreto y develarlo puede costarle la vida.

Disponible en [Amazon](#).



Crónicas de una leyenda
Cuentos sobre la historia de un mundo.

Una década tras otra. Y luego los siglos. Así hasta el final.
¿Quién los recuerda todos?

Disponible en [Amazon](#).



Nos visitan
Ellos no necesitan que los invites.

El mundo enfrenta un pico de actividad paranormal y necesita voluntarios para la lucha...

Disponible en [Amazon](#).



El único conflicto
Algunos conflictos están siempre allí.

Hugo y su amiga Tamara deben defender a la Tierra y evitar perderse a sí mismos.

Disponible en [Amazon](#).



Los tres ciclos
Tres razas, dos soles, un planeta.

Ella despertó y descubrió un secreto. Él vio su camino torcerse a la mitad. Ello se negó a dormir y olvidar.

Disponible en [Amazon](#).



La hija del anochecer
Un sol que declina, una raza que mengua.

Ella sabía que no pertenecía a ningún lado: ni elfa ni humana. Rechazada por ambas razas, se niega a ser olvidada.

Disponible en [Amazon](#).



Monstruos al acecho
Cuentos para desafiar los miedos.

Cuando te acurrucas por la noche con tu libro de terror preferido, ¿revisas debajo de la cama antes?

Disponible en [Amazon](#).



Un reino olvidado
El despertar del reino entre las nieblas se acerca.

Úrsula sabe que será la ganadora. La educaron para ser independiente, pero es la primera vez que está sola.

Disponible en [Amazon](#).



Todos los conflictos
Algunos conflictos ocultan otros peores.

Tamara y su amigo Hugo deben huir del infierno y prevenir que este no llegue a la Tierra.

Disponible en [Amazon](#).



Transformación
Historia de una metamorfosis

Entre la impotencia frente a su situación y la incomprensión de los demás, Dani busca su identidad.

Disponible en [Amazon](#).



La invasión

Llegaron sin aviso, invadieron sin resistencia.

Los extraterrestres están en la Tierra y Grace ya no sabe dónde esconderse.

Disponible en [Amazon](#).



Alrededor del reloj

Cuentos para no perder el tiempo.

La vida de estos personajes transcurre alrededor del reloj, atrapados en el eterno ciclo.

Disponible en [Amazon](#).



Una idea simple - A simple idea

Bilingüe - bilingual

Minirrelatos que desconciertan - Mini stories that mystify

Minirrelatos de hasta cien palabras.
Mini stories below one hundred words.

Disponible en [Amazon](#).



Un bosque confuso

El despertar del reino entre las nieblas se acerca.

Inés nunca quiso seguir su destino, uno que le permitiría cambiar su reino y, tal vez, el mundo.

Disponible en [Amazon](#).



Un conflicto sin fin

Cuando ayudas a los demonios, los ángeles van tras de ti.

Hugo y su amiga Tamara deben encontrar las respuestas solos o pueden buscarlas entre las bestias.

Disponible en [Amazon](#).



Matices de la magia

La magia que acumulas define la maga que eres.

Johanna será maga, pero la magia no es solo sangre o talento. No es el pasado de tu familia, sino el tuyo.

Disponible en [Amazon](#).



Todo o nada

Cuentos para sentir el mundo de otra manera.

La realidad depende de tus sentidos. Si no ves, oyes, hueles ni sientes como los demás, estás solo.

Disponible en [Amazon](#).



Número privado

¿Te animas a contestar esa llamada?

El celular vibra: Número privado. Mona huye de quien llama. Y el teléfono no deja de sonar.

Disponible en [Amazon](#).



Decisiones

La vida puede cambiar en un instante, ¿y tú?

La barrera entre las opciones que pudieron ocurrir se ha roto. Estas son las historias de Selenia y Dante.

Disponible en [Amazon](#).



Un camino marcado

El despertar del reino entre las nieblas se acerca.

Ema sabía que estaba destinada a la grandeza. Cuando la oportunidad se cruza en su camino, no lo duda.

Disponible en [Amazon](#).



Brujas anónimas - Libro IV - El regreso

¿Y si un día descubrieras un mundo fantástico en tu ciudad?

Micaela debe actuar si no quiere perder su única oportunidad de salir victoriosa.

Disponible en [Amazon](#).



Vidas paralelas, destinos cruzados

La vida que odias, alguien más la quiere.

En otro mundo, Carola es una bruja poderosa. Solo debe cambiar lugares con su doble. ¿Qué puede ir mal?

Disponible en [Amazon](#).



Por un par de alas

Cuentos para dejar volar la imaginación.

Vampiros, magia, ángeles, viajes en el tiempo, futuros distópicos... Una historia por cada sueño o pesadilla

Disponible en [Amazon](#).



Intercambios

No volverás a ser la de ayer.

Teresa es una madre primeriza, por poco tiempo. La pérdida de su hija la deja con un vacío insoportable.

Disponible en [Amazon](#).



Brujas anónimas - Libro III - La pérdida

¿Y si un día descubrieras un mundo fantástico en tu ciudad?

En un camino que todavía parece un laberinto, Micaela debe encontrar una salida.

Disponible en [Amazon](#).



Todas mis partes

¿Y si en vez de uno pudieras ser varios?

Cada clon se lleva una parte del original. Bárbara no está dispuesta a renunciar a nada.

Disponible en [Amazon](#).



Un último conflicto

Una lucha ancestral, un conflicto sin fin.

Cuando salvas a un ángel, los demonios vienen tras de ti. Ahora Tamara y su amigo Hugo deben huir.

Disponible en [Amazon](#).



La hermandad permanente

Una magia antigua; una magia que no cambia.

Yoana quiere huir. Tuvo la fortuna de conocer el amor y la desgracia de conocer la verdad.

Disponible en [Amazon](#).



El despertar de las gárgolas

Algunas cosas a veces es mejor dejarlas dormir.

Tura es capaz de despertar a las gárgolas. Siempre quiso poder, pero ¿podrá manejarlo?

Disponible en [Amazon](#).



Dejemos la historia clara

Una heredera perdida; una historia dudosa.

Clara emprende un viaje en busca de la verdad que cree que salvará al reino. O al menos eso parece.

Disponible en [Amazon](#).



Brujas anónimas - Libro II - La búsqueda

¿Y si un día descubrieras un mundo fantástico en tu ciudad?

Micaela debió abandonarlo todo y perdió demasiado. Rodeada de preguntas, deberá afrontar su sino.

Disponible en [Amazon](#).



Antifaces

No te guíes por las apariencias. Todos usamos máscaras.

Aquí nada es lo que parece y Norah debe aprender a dudar de sus ideas preconcebidas.

Disponible en [Amazon](#).

Brujas anónimas - Libro I - El comienzo

Ebook gratis

¿Y si un día descubrieras un mundo fantástico en tu ciudad?



La aventura mágica de Micaela comienza una noche, tras ser atacada por una mujer misteriosa.

Disponible en [Amazon](#).

La torre hundida

Un pasado incierto; una familia perdida.



Lahja se lanza a una búsqueda donde no solo conocerá su historia, sino que aprenderá sobre sí misma.

Disponible en [Amazon](#).

Último dragón (extracto)

Capítulo I

—ES IMPOSIBLE PARARLOS —expresó Viviane de manera tajante.

—Debemos —respondió Ektor—, están aniquilando a los dragones.

—Lo sé —Viviane alzó los brazos y los dejó caer—, pero no es factible. Cada día, hay nuevos grupos de caza y todos sus integrantes se transforman en magos. —Vaciló—. En el pueblo, ya se organizan las próximas excursiones.

Ektor suspiró y sacudió la cabeza.

—No entienden lo preciosos que son los dragones y lo peligrosa que es la magia.

—Nadie rechaza el poder cuando es tan fácil conseguirlo. —Viviane se encogió de hombros—. Es un comportamiento lógico.

—Quizás... —Ektor se frotó la cara—. Lo que no comprendo es por qué, de repente, surgieron tantos. Cuando encontré ese huevo, eran leyenda y ahora...

Viviane se acercó a él.

—Tal vez..., deberíamos ser más agresivos —propuso con suavidad después de un momento.

—¿Y convertirnos en cazadores locos? —preguntó Ektor.

Sin embargo, él estaba al tanto de que precisaba mayor determinación. Cada jornada, aparecían dragones muertos y despojados de magia, y se multiplicaba la cantidad de personas capaces de utilizar hechicería; en general, ignoraban cómo hacerlo bien y no les interesaba aprender.

Se retorció los dedos mientras una opresión llenaba su pecho. Él había comenzado todo, él...

—No tienes la culpa —dijo Viviane.

Ektor levantó la vista, sobresaltado.

—Sé lo que piensas —explicó ella—, te conozco. Y fue un accidente.

—Este lío empezó cuando encontré ese huevo, cuando toqué ese dragón...

—Y siguió cuando yo lo hice.

—Si no hubiera..., si lo hubiese dejado donde lo encontré o si..., cuando llegué a la montaña, si...

—Si, si, si —interrumpió Viviane—. No puedes vivir en sis. El pasado ocurrió y no hay forma de cambiarlo. Quizás jamás sepamos por qué ni cómo apareció ese huevo cerca de tu casa.

Ektor inspiró.

—Tienes razón, debemos concentrarnos en lo que sucede ahora.

Viviane asintió.

—No podemos permitir que sigan matando dragones —estableció Ektor.

—Ni que continúe la creación incontrolada de hechiceros.

Ektor apretó los labios.

—Eso es más complicado, ¿no? ¿Nosotros decidiremos quiénes pueden ser magos?

[...]

Disponible en [Amazon](#) en ebook y kindle unlimited.